

## PACTO ENTRE TRAIADORES

Las historias de la Transición no explican por qué fue necesario pactarla entre el poder dictatorial y los partidos de oposición. Si el objetivo final del Gobierno Suárez hubiera sido es-



tablecer la democracia, le habría bastado con legalizar de modo simultáneo a los partidos, reconocer todas las libertades públicas y abrir un fase de contraste de alternativas para que, con elecciones a Cortes constituyentes, la representación del pueblo decidiera la forma de Estado y de Gobierno. Entonces sí habría pasado a la historia como el estadista que instauró la democracia. Honor que no tiene. Lo que trajo con los pactos de la Transición no podía ser democracia, que sólo es fruto de la libertad, sino pura oligarquía de partidos. Lo que hizo no lo hizo por amor a la libertad, sino para continuar al frente del gobierno. Su obra no fue producto de su inteligencia ni de su voluntad, salvo la legalización del partido comunista y las autonomías regionales, sino ejecución de un diseño extranjero. Todo lo obró de arriba abajo, al modo autoritario de la dictadura donde había trepado. Se basó en la fuerza del secreto y la eficacia corruptora de los pactos de reparto con los partidos.

En cambio, la Transición pactada tenía una lógica impecable para lo que quería: impedir que el elemento democrático, ya organizado y movilizado en todos los sectores de la sociedad, llegara a ser una fuerza social capaz de imponer, con la libertad, la retirada de la vida pública de los hombres que sostuvieron la dictadura. Había que disolverlo antes de que alcanzara su claro y declarado objetivo democrático. Y para eso era necesaria la confabulación secreta de la decreciente dictadura con los partidos integrados en el creciente factor democrático. La propuesta de Suárez era neta: yo estoy dispuesto a traicionar las instituciones de la dictadura, salvo la Corona, si vosotros, Felipe y Santiago, lo estáis a traicionar la democracia, en favor de una Monarquía de partidos estatales donde los tres tengamos el mando asegurado en proporción a la cuota electoral obtenida. La idea de que Suárez necesitaba esos pactos para liquidar con ellos las Cortes de Franco es falsa. Esos pactos no fortalecían la posición de Suárez ante sus compañeros de carrera en la dictadura. Creaban sospechas de traición que no se habrían producido ante una acción decidida y franca de su gobierno por la libertad política indiscriminada.

Los riesgos que corrió Suárez al legalizar al partido comunista no los asumió por un supuesto deseo de ampliar el campo de acción de la libertad, sino para circunscribirlo dentro de límites que no hicieran peligrar su proyecto de oligarquía de partidos con libertades otorgadas. El partido comunista sería por la izquierda el dique de contención contra la marea de libertad ciudadana que el partido de Fraga contendría por la derecha. Suárez

y Felipe, resguardados por esos flancos, se turnarían en el Gobierno desde una posición respectiva de centro derecha y de centro izquierda. Así de simple y disoluta era la mentalidad de los hombres de

la Transición. Quisieron suprimir, con los pactos de secreto reparto del poder, las incertidumbres políticas de la libertad colectiva. Y en cuanto a las Autonomías, el café para todos servido por un patán de la patria, tampoco podía tener aroma histórico ni sabor democrático. Pues negaba los derechos adquiridos con la libertad, por Cataluña, Euzkadi y Galicia, a una diferencia autonómica. Y la deseable descentralización democrática del Estado se concibió como una indeseable multiplicación de centros estatales de poder oligárquico. El pacto de Suárez con Tarradellas también fue, por eso, un pacto entre traidores. Sólo el PNV tiene el honor de no haber participado en ese enjuague de la traición fundacional del Estado de partidos.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

## ACCIDENTES Y LUCRO

El reciente accidente en que han colisionado un camión y un autobús cargado de escolares, que iniciaban sus vacaciones, provocando un gran número de muertos —veintiocho— y de heridos,



ha llenado las primeras planas informativas de los medios de comunicación y ha conmovido a la opinión pública. Es el principio de la serie negra que todo a lo largo del año, pero con especial intensidad en los períodos vacacionales, ensangrienta días y espacios que deberían ser ámbito de alegre fiesta. Y obliga a reflexionar sobre uno más de los múltiples absurdos de nuestra civilización, así como sobre sus responsables. Especialmente cuando los más importantes quedan ocultos tras las candilejas de la tragedia, moviendo sus hilos.

Pensemos, así, en primer lugar, sobre nuestras carreteras y la responsabilidad de los poderes tanto centrales como autonómicos sobre su estado. Desde 1996 no se han construido autovías, existen, por lo tanto, todavía numerosas carreteras nacionales de doble sentido como aquella en que ha ocurrido el accidente. Y todos los que viajamos con cierta frecuencia en automó-

vil conocemos las deficiencias de nuestras autovías, llenas de curvas, con firmes deteriorados en breves años, calculadas sin previsión del incremento del tráfico, asaltadas por obras que con gran lentitud tratan de parchearlas precipitada e improvisadamente. Y, por si ello fuera poco, obstaculizadas, aún más, por un peregrino invento: las numerosas rotondas que ralentizan y hacen peligroso y desorientado el tráfico.

Y sobre este tendido se lanzan por la industria automovilística vehículos preparados para circular a velocidades prohibidas, incitando mefistofélicamente al conductor para la infracción. Para el doble placer de la velocidad y la trasgresión. He escrito «mefistofélicamente» porque me recuerdan las tentaciones de Mefistófeles a Fausto, cuando éste se encuentra en la segunda parte de la obra de Goethe poseído por el pathos del desarrollismo. ¿No nos encontramos ante un singular absurdo? ¿Permitir en la fábrica, en la programación y la propaganda aquello que se sanciona en la carretera? Hace ya bastantes años en un libro sobre nuestra civilización comentaba el gran físico Sshrödinger la excesiva velocidad con que viajamos, como expresión de la inadaptación del ser humano a la actual tecnología.

La propaganda, que acabo de mentar, está también en las raíces de la siniestralidad. Presenta en ocasiones audaces adelantamientos, proezas de volante que incitan al conductor a la emulación, aunque se indique que la demostración está hecha en circuito. Y muy genéricamente exhiben la aparición del modelo con caracteres altisonantes, genesíacos, como una fuerza cósmica en que la creación culmina. Otras veces son primarias connotaciones sexuales las que persiguen la motivación. Todo ello distorsiona radicalmente lo que debería ser un objeto de modesta utilidad para trasladarnos con comodidad y seguridad, convertido y erigido en símbolo de poderío, magnificador de su usuario y compensador de sus frustraciones múltiples. Hasta llegar a dar vida por su coche en absurda confrontación de rivales.

Pero evidentemente no todos los que recorren nuestras carreteras son propietarios de turismos, los que más horas y más duramente se desplazan sobre ellas son los conductores profesionales de autobuses y camiones. Y aquí aparece la última, aunque más importante, consideración sobre las responsabilidades en la producción de accidentes: las condiciones a que se ven sometidos y explotados estos trabajadores. Forzados a conducir durante horas agotadoras, en cabinas muchas veces incómodas y en determinadas épocas bajo condiciones climáticas que hacen aún más dura la labor. Y tras todo ello, tras ésta y las anteriores reflexiones, vuelve a aparecer la voluntad del lucro en los grandes y aún menores poderes económicos como el gran agente del deterioro de nuestra civilización.

Carlos PARÍS

## LA «FUNDACIÓN»

Lo de México ha sido toda una victoria de la democracia. Había allí más del mil «observadores» para vigilar atentamente todo el proceso, entre ellos un nutrido grupo de norteamericanos, muchos de ellos bajo los auspicios o cobertura de una «fundación» que parece haberse erigido en juez y parte en procesos electorales iberoamericanos con capacidad para otorgar, o denegar, certificados de limpieza democrática.

Resulta curioso lo que ocurre con estos enviados de la «fundación»: suelen tener un candidato más o menos patrocinado al que apoyan y por el vigilan, ojo avizor, con especial atención a encuestas y sondeos. Sólo

parecen intervenir cuando su patrocinado tiene las de perder. Entonces, como ha ocurrido en México, cuando en los medios de comunicación se daba por ganador al PRI, es cuando se habló de «denuncias de fraude», de «miles» de casos de «pucherazo», etc. Por eso temía Juan Bravo que ocurrirse en México lo que pasó en Perú cuando Toledo perdió la batalla ante Fujimori.

Pero no ha hecho falta. Como las elecciones han dado como perdedor el PRI, se olvidaron las denuncias, resulta que todo el proceso ha sido un canto a la democracia, y se demuestra que sobraba la «fundación».

Juan BRAVO

